

Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización. Un estado de la cuestión*

Hugo E. Ratier¹

Universidad de Buenos Aires

Resumen

Este artículo procura analizar la vigencia del concepto de ruralidad cuestionada por algunas interpretaciones que proponen su abandono o lo reducen a una representación construida. Autores ingleses y franceses, ante los cambios provocados por la globalización, utilizan nuevas categorías como contra-urbanización y nueva ruralidad. Tanto en nuestro continente como en Europa y Norteamérica pueden diferenciarse aquellos que pronostican el fin de lo rural y los que optan por actualizar el concepto pensando un campo donde lo agrícola no es ya dominante. Se muestra el peculiar significado de los conceptos aludidos en América Latina y se in-

Abstract

This article seeks to analyse the validity of the concept of rurality, questioned by some interpretations that propose its abandonment or reduce it to a constructed representation. English and French authors, facing the changes caused by globalization, use new categories like Counterurbanization and New Rurality. Both in our continent and in Europe and North America, we can distinguish between those that predict the end of the rural and those that actualize the concept, thinking in a countryside where agriculture is no longer dominant. The particular meaning of these concepts in Latin America is

* Rural, rurality, new rurality and counterurbanization. A revision

tenta sistematizar el panorama analised and systematized, presentado y sus implicancias para together with its consequences on los estudios rurales. the rural studies field.

Palavras-Chaves: Nueva ruralidad, agricultura familiar, pluriactividad. **Keywords:** New rurality, family farm, pluriactivity.

Introducción y alcances

Los conceptos que se discuten en el presente artículo no son demasiado populares entre los científicos sociales de estas latitudes. Parecen haber nacido en las particulares condiciones del viejo continente como producto de una aproximación física cada vez mayor de campos y ciudades. ¿De qué manera trasladaríamos esa problemática a los enormes espacios vacíos de nuestra América, donde productores aislados, privados a veces de servicios elementales luchan por llevar adelante su actividad económica y, en muchos casos, por mantener su forma de vida? ¿No es obvia y evidente entre nosotros la diferencia entre rural y urbano? He encontrado colegas que rechazan casi indignados la sola mención de ese material conceptual cuya utilidad niegan. Recordemos, sin embargo, la explicación de Marx acerca de la utilidad de su análisis del modo de producción capitalista para entender todo el desarrollo de la historia humana. “Es la mano del hombre la que explica la del mono”, afirmaba, palabras más o menos. Pensamos que ese criterio se aplica a nuestro caso.

Al contacto con ese marco conceptual, por ejemplo, fueron variando nuestras apreciaciones sobre ciertos datos de campo obtenidos en nuestras investigaciones recientes. En alguna medida aparecerían prefigurando movimientos semejantes a los acontecidos en Europa, con expresiones similares en Canadá o Brasil, países también con grandes espacios abiertos (o *rus* en su expresión latina, de donde rural). En otros países del continente, como veremos, a categorías como nueva ruralidad se le adjudican significados diferentes.

Trato en este artículo de reseñar, analizar, y comparar los alcances de los conceptos arriba enunciados en diferentes realidades tanto agrarias como académicas. Comienzo con la crisis de lo rural como categoría, incluyendo algunas propuestas de abandono o, según autores británicos,

su reducción a mera representación construida.. Tanto éstos como los franceses acusan el impacto que la globalización produce en sus países y procuran repensar sus campañas a través de caracterizaciones como la de contraurbanización o de neo-ruralidad.

Tanto en ámbito europeo-norteamericano como en nuestro continente señalo las diferencias entre quienes pronostican el fin de lo rural, y los que le adjudican nueva especificidad, en un campo no exclusivamente agrícola. Muestro la nueva valoración de dicho campo como lugar de residencia deseable para pobladores urbanos que lo reivindicán y pugnan por conservar sus “virtudes”. Señalo, asimismo, el particular uso de los conceptos en discusión en América Latina, y concluyo con un intento de sistematización del itinerario recorrido y sus implicancias en cuanto a su uso en estas latitudes.

Soy consciente de que ésta es solo una primera aproximación, que son muchas las lagunas que habrá que llenar en el futuro y de ninguna manera pretendo alcanzar la exhaustividad. Sin embargo entiendo que los textos analizados marcan sin duda tendencias significativas en un terreno conceptual, por ahora, contradictorio y abierto a la discrepancia.

Ruralidad y globalización: perspectivas

Las previsiones en ciencias sociales, desde las clásicas de Durkheim, Marx o Weber hasta las de teóricos más recientes habían augurado una paulatina desaparición del espacio rural en pro de una urbanización progresiva, la transformación de la agricultura en una rama más de la industria y la conversión de los establecimientos agroganaderos en “fábricas verdes”.

Pero el boom de la segunda posguerra mundial acabó hacia los años 70, cuando, al decir de Marsden et alii (1992), sobrevino un período de cataclismos que aún estamos viviendo. Se desataron consecuencias económicas y sociales, y el problema se agravó con las sucesivas crisis de combustibles de los 70-80.

Teubal apunta el cambio de política estadounidense en los 70, cuando cesa la ayuda al exterior y se promueve la exportación de alimentos hacia el Tercer Mundo, procurándose remover el proteccionismo y los subsidios, con apoyo de organismos internacionales como el FMI y el Banco Mundial. Las economías se vuelven hacia la exportación

impulsándose cultivos no tradicionales verificándose, incluso, en algunos países, desabastecimiento de alimentos básicos en el mercado interno (TEUBAL 2001: p. 47-48).

Es el momento en que se gesta la llamada globalización, sobreviene la incertidumbre para los estados-naciones y las comunidades, el capital adquiere creciente movilidad, se imponen métodos de producción más flexibles, se desregulan y re-regulan estructuras políticas y sociales y, en el campo de las ciencias sociales, caen las viejas certezas que organizaban el panorama científico, erosionando las tradicionales divisiones entre disciplinas. La globalización enfatiza la interacción entre lo político, lo social y lo económico, sin que ninguna dimensión se revele dominante (MARSDEN et alii 1992:1).

Diversas tesis procuran interpretar estos cambios acelerados en el agro. Jean (1989:287-88) las sintetiza en dos tendencias: la que predica el fin de lo rural, y la que afirma que la categoría conserva todavía su especificidad. Hacia esa última se inclina el autor. Puede ser el fin de las sociedades rurales o de la hegemonía agrícola en los campos, admite, pero no el fin de lo rural. Hay intrusiones mutuas entre lo urbano y lo rural, y así como el campo se urbaniza, la ciudad también se ruraliza.

Bryan Mills (2000) por su parte, niega hasta la posibilidad de definir lo rural. Señala que como adjetivo está bien establecido en términos paisajísticos, designando espacios abiertos idílicos, o bien refiere a las economías en colapso de pueblos y aldeas, que luchan por sobrevivir en medio del desempleo y la decadencia de las industrias tradicionales. Dado que toda alusión científico-social al tema debe referirse por fuerza a la economía rural, la analiza y descalifica sus caracterizaciones más frecuentes. Unas, identifican como rural a las actividades ligadas a la tierra, y otras consideran como tal a cualquier emprendimiento económico situado en un área rural. Obviamente, esta última postura elude la definición de dicha área.

Mills (2000) muestra la arbitrariedad de algunas caracterizaciones pretendidamente rigurosas y con base estadística, como las que ligan lo rural a la distancia entre un sitio dado y ciudades de cierto tamaño. La elección de dicho tamaño es caprichosa. Otras suponen mayor presencia de ancianos en los campos, o una particular relación estadística entre sexos, lo que no se puede demostrar. Tampoco le convencen las diferencias de estructura industrial, en tiempos en que importantes industrias

eligen el campo como sede, o que en las ciudades se abren espacios agrícolas. Habla de un fetichismo de las cifras, que consiste en manipularlas para legitimar el preconceito de los investigadores.

Finalmente observa que el progreso en las comunicaciones determina la existencia de entidades formadas por haces de actividades dispersas, que funcionan como unidades, a modo de ciudades: lo urbano es un rural contraído, sintetiza. Por otra parte la dispersión de pobladores con trabajo urbano viviendo en los campos, constituiría un urbano disperso. Todo se limitaría a una diferenciación estética, a una percepción de ruralidad que es la que definiría estos lugares, cuya condición (o “pureza”) se procura preservar. Es la deliberada conservación de esos paisajes la que conforma lo rural, y ambos supuestos polos (rural vs. urbano) se integran cada vez más. “El campo es en muchas instancias meramente una ciudad con un montón de pasto” (MILLS, 2000: p.4) afirma el autor para quien, sin embargo, la dificultad en definirla no autoriza a abandonar la noción. La percepción de ruralidad, de orden estético, inclusive con su precio de mercado, es una variable difícil de medir. Ruralidad sería un buen ejemplo de lo que los posmodernos llaman hiper-realidad, algo que solo tiene existencia virtual y cuyo poder discriminatorio o explicativo es dudoso.

Es decir, éste como otros autores sostienen que rural o ruralidad son representaciones deliberadamente construidas (V. MARSDEN et alii 1992; MURDOCH y MARSDEN 1994), como si la disminución real de los espacios campestres –cuya preservación en Inglaterra, por ejemplo, está protegida por ley- exigiera ese tipo de construcción.

Marsden et alii por su parte procuran desvendar el rol del espacio rural en la reestructuración de las economías capitalistas avanzadas. Al efecto, analizan las relaciones sociales emergentes en esos espacios, y postulan la necesidad de abandonar el lugar marginal que se otorgaba tradicionalmente a los estudios rurales, para integrarlos plenamente a las problemáticas centrales de la ciencia social contemporánea. Enfocan los desplazamientos de población hacia el campo, glosando lo que Newby observara: “por primera vez desde la Revolución Industrial el cambio tecnológico está permitiendo a las áreas rurales competir en un plano de igualdad con los pueblos y ciudades por el empleo”. Esto se liga a una valorización de los espacios abiertos y su consumo, lo que muestra la persistencia de una concepción arcádica de los campos, muy británica,

que siglos de industrialización no consiguieron opacar. En el siglo XX hay en Inglaterra casi una proporción inversa entre la importancia declinante de la economía rural y el creciente peso cultural de las ideas rurales.

Murdoch y Marsden (1994) abordan asimismo el tema de la ruralidad reconstituida a través de sendos trabajos en localidades inglesas, a las que consideran como lugares de encuentro de redes de relaciones sociales no necesariamente encerradas en fronteras geográficas. Glosan el progresivo traslado hacia las áreas rurales de una clase media que se torna allí dominante y analizan cómo ésta va modificando y conformando ese espacio, en interacción con poderes públicos, firmas privadas y órganos de planificación. Utilizan para ello el concepto de formación de clase. Los actores sociales plasman sus concepciones en el espacio, apoyan o combaten planes de desarrollo (esto último en marcos preservacionistas) y excluyen de esos constructos a otros actores, ejerciendo una discriminación social en nombre de los viejos valores campesinos. Una clase dominante creciente procura apropiarse y reconstituir en su beneficio el espacio rural¹.

Este nuevo campo que reflejan los autores ingleses se muestra como ejemplo de un proceso que han bautizado como contraurbanización. Evidentemente solo puede darse en un paisaje europeo donde los espacios abiertos son escasos y el progreso en las comunicaciones acerca localidades. Si bien no usan el concepto de nueva ruralidad, o de neo-rurales, de hecho están mostrando una población rural de tipo inédito que crece constantemente en poder.

En trabajo pionero Mario Giuliani (1990), consigna que los franceses llaman neo-ruralismo al movimiento ocurrido en su país hacia los años 70 del siglo pasado, que revierte el proceso que otorgara a la ciudad

¹ Para la Argentina, el diario La Nación consigna el 26 de mayo de 2001, en su página 18, que en *Estancias del Pilar*, barrio cerrado o *country*, como se los denomina, se ha fundado *El Pueblo*. Éste estará abierto a toda la comunidad e intentará ser un punto de reunión e integración entre la gente de los barrios cerrados, *countries* y pueblos aledaños, en la localidad bonaerense de Pilar, con la filosofía de "volver a las fuentes" (sic). Se usó la fecha patria del 25 de Mayo y asistieron 1200 personas, entre ellas el Intendente Municipal y el Concejo Deliberante. Hubo desfiles gauchescos, empanadas y vino, músicas marciales y entretenimientos. "Es un lugar a puertas abiertas, pero con seguridad poco visible y efectiva gracias a la alta tecnología", define el director del proyecto. "Es un emprendimiento humano más que comercial", agrega. El Intendente lo considera la verdadera fundación de un nuevo pueblo. Por el momento cuenta con club, restaurante, centro cultural y sector residencial. Próximamente se agregará una clínica y una hostería. Al parecer se procuran revitalizar tradiciones nacionales, pero bajo estrictas normas de seguridad.

el papel de modelo de relaciones sociales. Ese concepto genérico, no muy preciso, expresa la idea de que "...una serie de valores típicos del viejo mundo rural, y que se pensaba estuvieran en vías de extinción, pasan por cierta revigorización y comienzan a ganar para sí la adhesión de personas de la ciudad" (GIULIANI, 1990: p.59; mi traducción). Distingue esa corriente de la originada en urgencias laborales que forzara a mucha gente a emigrar. El neo-ruralismo es producido por personas que deciden no trabajar más en profesiones urbanas ni vivir en la ciudad, resolviendo mudarse al campo y practicar la agricultura o la cría de animales.

En Francia se adjudica al neo-ruralismo una dimensión crítica y de ruptura con la mentalidad moderno-desarrollista, reevaluando al campo más allá de la conocida oposición tradicional-moderno. Es una nostalgia de lo rústico, pero no como concepción reaccionaria sino superadora de los estereotipos vigentes sobre el campesino, ora considerado primitivo y reacio al cambio, ora ensalzado como repositorio de la más pura esencia nacional. La preocupación sanitaria y ecológica frente a los alimentos producidos con aporte químico u hormonal y la consiguiente valorización de la agricultura orgánica o la cría natural de animales, aumentan el predicamento de esta particular "vuelta al campo", que modifica las condiciones demográficas y culturales de la campaña.

Ya hay neo-rurales veteranos con sus propias organizaciones, destinadas "a las personas que hacen la elección de continuar a vivir o de ir a vivir al medio rural" (Ma petite 2002). Y se dibujan nuevas categorías, como los "neo-rurales separados de la tierra (hablamos de "pluriactivos sin base agrícola", más que de neo-neo-rurales)" (Ma petite 2000; mi traducción). Es la llegada de esos nuevos rurales al campo la que entraña profundos cambios en la representación de lo rural y en el oficio de agricultor (Institut 2002).

Del lado campesino, en Francia, los productores, haciendo suyas reivindicaciones antes limitadas a las ciudades, comienzan a exigir mejoras en sus relaciones laborales y en el tiempo libre. Los urbícolas, por su parte, reclaman también condiciones de vida diferentes con base en una cultura del campo. Se produce, entonces, una convergencia.

El neo-ruralismo valoriza el espacio cotidiano volviéndolo soportable, deseable, consumible. Hay ciertas dimensiones paradójales, como la desterritorización y reterritorización que subvierte el antiguo modo de habitar y producir de la sociedad rural tradicional, pero por otro lado

instituye nuevas relaciones sociales, lo que es tomado como una ideología nueva de la tierra, que abreva en parte en esa forma antigua.

Es decir, se genera un movimiento ideológico que al valorizar la naturaleza y la vida cotidiana, busca la autodeterminación y el trabajo como placer, procurando la integralización del tiempo y de las relaciones sociales. Al mismo tiempo rechaza el espacio y el tiempo de la industria, la dictadura de los papeles productivos urbanos y el laberinto de relaciones secundarias que lo caracterizarían (GIULIANI, 1990: p. 63).

María José Carneiro, en su trabajo sobre una aldea francesa, prefiere hablar de *rurbanización*, lo que implica interrelación entre una cultura urbana y una de aldea, más que su sustitución. Se estaría procesando la creación de un nuevo orden social o de una nueva identidad de aldea, a la cual contribuyen los migrantes recientes de cepa urbana.

En la misma dirección Kayser, citado por Jean (1989: p.298), también analizando la sociedad francesa habla de la constitución de sociedades aldeanas en el marco de una nueva ruralidad, que podrían constituirse en verdaderas alternativas sociales y culturales accesibles a gran número de personas.

Mendras, con la misma base empírica, afirma que no son los campos los que funcionan como ciudades, sino que son las pequeñas ciudades las que funcionan como campos, y comparten con estos una misma trama social. También, para Canadá, se muestra la existencia de núcleos, por ejemplo en la misma Quebec, de migrantes rurales en las ciudades que, sin perjuicio de su integración al nuevo medio, procuran conservar sus costumbres y cultura (JEAN 1989: p.295-96).

Hasta ahora, entonces, aparecerían procesos y actores sociales diferentes en los escenarios europeos o canadienses:

1. Poblaciones de origen u ocupación urbana, que resuelven vivir en el campo e influyen en la construcción de otra ruralidad. Viven y gozan del campo, pero no trabajan en él. Son residentes rurales con trabajo urbano no agrícola.
2. Poblaciones que viven y trabajan en el campo en ocupaciones no agrícolas (ejecutivos de empresas de informática u otras de alta tecnología instaladas fuera de las ciudades), Son residentes rurales con trabajo no agrícola en sede rural.
3. Poblaciones integradas por individuos de anterior residencia y ocupación urbana que deciden mudarse al campo y trabajar en él en

ocupaciones ligadas a la tierra, basándose en una filosofía revitalizadora de la Naturaleza.. Son los neo-rurales propiamente dichos, o residentes rurales voluntarios con trabajo rural.

Esta caracterización es provisoria, pero en todos los casos señala un movimiento desde las urbes a los campos, y la instalación en ellos de poblaciones nuevas.

La nueva ruralidad en América Latina

¿Qué sucede en nuestro continente? Giuliani, con su caracterización precisa de los neo-rurales como migrantes voluntarios, muestra a estos últimos en Brasil, en la región serrana de Rio de Janeiro, dedicados a tareas productivas no tradicionales, con empleo de mano de obra, tecnología sofisticada y un fuerte apoyo de marketing. Son ricos. Si no lo fueran no podrían aventurarse en negocios de mucho riesgo. A su capital monetario se suma el cultural, ya que es entre su propio círculo social donde encuentran su clientela. Marca el autor la diferencia con los neo-rurales franceses cuya forma de producción es familiar, como la mayoría de los agricultores de aquel país. En Brasil se sigue la costumbre local y se apela al trabajo asalariado.

José Graziano da Silva bautiza como el nuevo rural brasileño a un complejo compuesto por cuatro subconjuntos:

a) Una agropecuaria moderna basada en commodities y ligada a la agroindustria.

b) Una serie de actividades de subsistencia consistente en agricultura rudimentaria y cría de pequeños animales que permite mantener una *superpoblación* relativa en el campo, junto con un ejército de trabajadores rurales sin tierra, empleo fijo ni calificación, excluidos por el proceso que generó el llamado agribusiness.

c) Un conjunto de actividades no agrícolas vinculadas a la vivienda, al tiempo libre, a actividades industriales y a servicios, y

d) Un conjunto de “nuevas” actividades agropecuarias localizadas en nichos específicos de mercado (GRAZIANO, 1999: p.ix).

El nuevo rural entonces se complejiza y solo el último subconjunto comprendería a aquellos que Giuliani –siguiendo a los franceses– denomina neo-rurales.

Graziano engloba en su concepto todo el panorama de transformaciones acaecidas en las dos últimas décadas del siglo pasado en el mundo y en su

país. Afirma que ya las ciudades no son más la industria y el campo no es ya lo agrícola, que la crisis del campo acompañó a la de la industria y sobrevinieron fenómenos como la flexibilización y la pluriactividad². En alguna medida ese nuevo rural representa la etapa que se ha dado en llamar pos-industrial y pos-fordista, pero también, para Mills, pos-rural. Estaríamos ante un nuevo paradigma, superador de aquello que los clásicos veían más como enfrentamiento de clases (rural = feudalismo terrateniente; urbano = capitalismo burgués) que de espacios geográficos³.

Sobre esa base Graziano analiza la situación europea y norteamericana, con la aparición de pobladores nuevos en ámbitos rurales, y señala la existencia de situaciones similares en Brasil, en particular en la región sudeste y en el estado de Sao Paulo. El empleo rural tiende a cambiar en perjuicio del agrícola y aparecen actividades ligadas a una población nueva. Por ejemplo los caseros de quintas (8% de la PEA paulista), el progreso en los transportes para trasladar a habitantes de espacios rurales a sus trabajos urbanos, el uso menos intensivo del suelo y del agua, en moldes ecológico-conservacionistas, y la aparición de emprendimientos nuevos en manos de lo que llamamos neo-rurales propiamente dichos.

Entre nosotros, en la Argentina, ya se aprecian ciertos desplazamientos de población hacia áreas suburbanas, como los llamados *countries* o barrios cerrados de la periferia de Buenos Aires. Los agen-

² Respecto a la pluriactividad, autores como Villafañe, Adad y Aguilar dudan de su novedad como práctica, señalando numerosos casos en los cuales se aplica y afirmando: "...no es una conducta que la actual crisis del agro ha generado, sino más bien ... la intensificación o... transparencia de una práctica que se venía desarrollando formando parte de la lógica familiar" (2000:13). Extraen sus conclusiones de trabajos empíricos realizados en el centro de la provincia de Buenos Aires, Argentina. En la misma línea Wanderley, que analiza la situación del Nordeste brasileño, considera a la pluriactividad propia de las familias agricultoras. "Frecuentemente —y afirmaría que cada vez más— la pluriactividad expresa una estrategia familiar adoptada, cuando las condiciones lo permiten, para garantizar la permanencia en el medio rural y los vínculos más estrechos con el patrimonio familiar" (2001:37; mi traducción). Jollivet y Eizner amplían la diferencia para Europa. Sobre la noción de pluriactividad, dicen que no es un tema nuevo "El avance de las investigaciones impone esa constatación: en el siglo XIX tanto como en el XVIII la excepción no es el *pluriactivo*, sino el *monoactivo*" (Jollivet y Eizner 1996:63).

³ El avance del capitalismo en el campo no supuso, como se postulaba, la generalización allí de la *forma salario* y otras características del sistema en la producción agroganadera. Miguel Murmis observa que, por el contrario, en la diversificación de formas productivas del capitalismo pos-fordista, "no solo aparece la existencia de una gama de formas de inserción en el proceso productivo ligada a nuevas formas de capital, sino también la generalización de las situaciones de inserción precaria, siempre vistas como tan típicas de la situación agraria" (Murmis 1998:209). El trabajo rural opera como modelo (no deseado) para el trabajo urbano.

tes inmobiliarios venden supuestas “virtudes rurales” a quienes resuelven escapar de los problemas urbanos: “estos espacios son ‘vendidos’ como mundos armoniosos, más cercanos a lo rural que a lo urbano, ‘naturales’, sin sorpresa, es decir previsible, en el opuesto de cierta visualización de la ciudad, como caótica, violenta, contaminada” (LACARRIEU, THUILLIER, 2001: p.3). Además de la designación inglesa *country* esos barrios suelen llamarse estancias o chacras, a veces individualizados: Estancias del Pilar, Estancia San Miguel. Lo suburbano se valoriza por su carácter semi-rural asociado a lo bucólico. Se supone que, al evitarse la muchedumbre citadina, “las distancias sociales entre los individuos bajan considerablemente: se recomponen en estos microcosmos cerrados comunidades estrechamente integradas, más características del ámbito rural que del ámbito urbano” (op.cit. p.12). Esa ruralidad sui generis es rechazada por los auténticos habitantes del campo, de clase alta: “... una fuerte proporción de familias ‘tradicionales de campo’, aborrecen explícitamente este tipo de emprendimientos—considerando a los mismos una ‘mala copia’ de sus ‘campos’, ubicados incluso en zonas más distantes” (op.cit. p. 14)

En las urbanizaciones privadas argentinas ese traspase de valores entre campo y ciudad rompe con la concepción tradicional europea de lo urbano como civilización y progreso frente al atraso del campo, agudizada entre nosotros por la oposición sarmientina civilización-barbarie⁵

En nombre de la “calidad de vida” lo urbano se identifica con lo malo, y el campo con lo bueno. Claro que lo campestre es apenas un ingrediente en la constitución urbanística de los barrios cerrados (LACARRIEU, THUILLIER, 2001: p.16).

Nueva ruralidad ¿Descripción o proyecto?

En diversos foros de Hispanoamérica el uso del concepto de nueva ruralidad adquiere dimensiones diferentes. Ávila Sánchez, mejicano, reseña los efectos de la economía neoliberal sobre los espacios rurales, donde conviven una agricultura “moderna” que produce para exportar, con los viejos estratos campesinos. Menciona las estrategias de supervivencia de estos últimos en tan complicada situación. Califica a la nueva ruralidad como proceso, que identifica “...como el conjunto de políticas económicas y sociales mediante las cuáles tienen lugar una serie

de transformaciones en la existencia y dinámica de los territorios rurales” (1999: p.3, énfasis mío). El neoliberalismo procuraría impulsar esa nueva ruralidad hacia el afianzamiento de estructuras mercantiles y empresariales.

La neo-ruralidad latinoamericana concebida por ese neoliberalismo, advierte el autor, es muy distinta a la existente en Europa, donde se readecuan los espacios rurales, se siguen vinculando con la agroindustria y aparecen nuevas actividades (segunda residencia, turismo) ligadas a la contraurbanización. O sea que la neo-ruralidad en nuestro continente consistiría en la imposición de determinadas políticas, a la que el articulista propone oponerle criterios de análisis y de acción diferentes. Se niega específicamente todo parentesco con la situación de los países centrales. En este contexto, pues, nueva ruralidad es simplemente la ruralidad afectada por la política globalizante neoliberal, y de ningún modo genera movimientos poblacionales novedosos o cambios sociales notables.

Sería ésta también la conceptualización vehiculada, para la Argentina, por Norma Giarracca. La nueva ruralidad se piensa en función de los intensos cambios acaecidos en nuestros países “donde coexisten empresas de alta complejidad tecnológica, empresas que forman parte de ‘grupos económicos’ extra-agrarios transnacionalizados, empresas del agroturismo, con mundos rurales heterogéneos con campesinos, productores medios y trabajadores rurales segmentados por los procesos de mecanización, grupos étnicos y nuevos desocupados. Todos ellos están presentes en las nuevas arenas tratando de imponer o adaptarse a las nuevas reglas del juego...” (GIARRACCA, 2001: p.11). La producción agraria se descentra, y convive con lo no agrario, y ello trae modificaciones en el desarrollo rural, que se vuelve concepto polisémico (id.: 12). Nueva ruralidad aparece como categoría descriptiva de la situación del campo contemporáneo, categoría que se imagina también como plural: en los artículos agrupados por la compiladora. En ellos, dice, “ se registra una visión amplia que permite vislumbrar tendencias de cambios y aspectos que hacen a las ‘nuevas ruralidades’ “ (op.cit. p.13)

Miguel Teubal, para América Latina en general, ve asimismo la consolidación del sistema agroalimentario, las políticas liberales y de ajuste en el medio rural, como los “...factores que influyen significativamente sobre la ‘nueva ruralidad’ en ciernes en América Latina” (TEUBAL, 2001: p. 61).

Para el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) la Nueva Ruralidad es “una lectura renovada de lo rural”. Se fundamenta en la realidad actual y en una propuesta para orientar el carácter de los ajustes en las políticas de desarrollo sustentable, basada en documentos internacionales como los producidos en la Cumbre de la Tierra y en la de las Américas (1992-1994). La visión de una Nueva Ruralidad plantea modificar los enfoques dominantes y marchar hacia un proceso articulado entre lo económico, el medio ambiente, la estructura social, la conformación sociocultural, las estructuras político-institucionales, los nuevos movimientos y actores sociales que pueblan el medio rural. “El desarrollo de nuevos conceptos sobre la ruralidad y acciones oportunas y pertinentes, en la visión, propósitos y medidas para un desarrollo sostenible configuran el espíritu de la “Nueva Ruralidad”” (NUEVA, 2000: p.8).

La nueva ruralidad aparece aquí como una política nueva, a construir, o sea un desideratum (IICA 2000:1).

Los colombianos, en reciente foro que tuviera como tema: “Nueva Ruralidad: Una visión moderna del Sector Rural” parecen marchar en el mismo sentido. Rafael Echeverry Perico inscribe sus reflexiones al respecto en el desafío de definir un proyecto nacional para su patria. Critica las formas de analizar la situación del conturbado campo colombiano, propone otros criterios para medir el peso de lo rural en el país, se opone a los prejuicios que ven a lo rural como atrasado y a lo urbano como progresista, y afirma:

“La realidad es radicalmente diferente. Los últimos análisis realizados sobre el comportamiento del sector rural, en Colombia y América Latina, han demostrado la estrechez de estas interpretaciones y un concepto de nueva ruralidad ha comenzado a abrirse paso, como una forma de reconocimiento de la realidad rural. Esta nueva forma de leer la ruralidad trae como consecuencia el cambio de los indicadores simples de peso relativo del sector rural...” (demostrando que su peso es mucho mayor en el contexto nacional) (ECHEVERRY, 2000: p.2; énfasis mío)

La nueva ruralidad, en este caso, aparece como un instrumento analítico utilizable para plantear políticas nuevas respecto al medio rural. Poco que ver, nuevamente, con lo que conceptualizan los autores europeos, y aún los brasileños.

Balance y conclusiones

Evidentemente los acontecimientos ocurridos en el mundo agrícola a partir de la década de 1970, tanto en Europa como en nuestro continente, cambiaron sensiblemente el escenario rural. La propia categoría ruralidad resultó cuestionada, al punto de que cierta bibliografía (Miller, Marsden) la considera solo una representación deliberadamente construída, y con escaso valor descriptivo o explicativo. Cae también la otrora dominante dicotomía rural-urbano, hablándose hoy de un acercamiento entre esos supuestos polos, al punto de hacerse dificultosa su individualización. Se propone para superarlos su consideración como un continuo (SIQUEIRA, OSORIO, 2001: p.75), en un asombroso revival de añejas categorías redfieldianas no siempre reconocidas como inspiración por muchos sociólogos (Cfr. Redfield 1947, 1962). Tanto en Estados Unidos como en Francia se complejizan las caracterizaciones que buscan aprehender la relación rural-urbana, ya no pensada en términos polares sino como contacto entre entidades complejas (ciudades metropolitanas y no; polos rurales; pueblos) (ABRAMOVAY, 2000: p.15-20).

Como fenómenos nuevos se producen desplazamientos de pobladores citadinos hacia zonas rurales, fenómeno que los ingleses denominan contraurbanización. En Gran Bretaña tales pobladores serían de clase media y valorizarían las condiciones de habitabilidad de su nuevo entorno, intentando protegerlo de alteraciones en su ecología, desde posturas francamente proteccionistas. A ello se une un afán participativo de esa población a nivel de gobierno, asumiendo posiciones institucionales en las aldeas, complejos habitacionales u organismos de planificación. Ese avance en el poder local justificaría medidas de exclusión social que permitirían mantener en los campos formas de convivencia consideradas típicamente británicas, en comunidades que se quieren étnica y socialmente homogéneas.

En Francia, si bien se registra un fenómeno similar de residencia campestre para gente de ocupación urbana, se consigna también la aparición del neo-ruralismo, mudanza voluntaria de la ciudad al campo,

pero para asumir en él actividades productivas vinculadas a la tierra o al paisaje. A ello se une la constitución de sociedades aldeanas (Kayser) o culturas de aldea (Carneiro). Esa re-construcción cultural, que algunos llaman rurbanización vuelve a poner en vigencia elementos culturales campesinos, como la valorización del tiempo, el placer de trabajar, la tranquilidad de una vida con menos apremios y la libertad que todo esto representaría. Al mismo tiempo el campesinado hace suyas reivindicaciones urbanas como la limitación del horario de trabajo, el derecho a vacaciones y al tiempo libre.

A nuestro entender esos movimientos socioculturales son los que marcarían la impronta europea de esta nueva ruralidad, replicada en algunos casos en el norte del continente, como en Canadá, donde se rediscute la supuesta desaparición de la ruralidad y la generalización de la condición urbana.

Para América Latina, en el caso de Brasil (V.GIULIANI, 1990; GRAZIANO, 1999) se analizan fenómenos semejantes. Es decir, se trata de dar cuenta de cambios de tipo sociocultural que se suceden en regiones campesinas cuyos habitantes, antiguos o recientes, construyen una cultura donde lo rural y lo urbano se entrelazan en formas nuevas.

En otros países del continente, en cambio, la nueva ruralidad es vista como resultado de imposiciones estructurales, tales como las que supone la globalización y el neoliberalismo, sin destacarse el papel activo de los agentes sociales involucrados. A esto se le opone el concepto de nueva ruralidad como proyecto, una propuesta de políticas que saquen a los campos de su estancamiento y valoricen, por ejemplo, el aporte de los campesinos chicos y medianos. Esta misma postura asumieron, en Canadá, los Estados Generales del Mundo Rural, reunidos en Quebec en febrero de 1991 quienes, en busca de un modelo de desarrollo sustentable, se proponen la edificación de una nueva ruralidad. Al efecto proclaman:

“Para este compromiso nosotros nos ubicamos resueltamente junto a aquellas y aquellos que trabajan para inventar y hacer crecer una nueva sociedad rural y nunca junto a aquellos que consideran a la desertificación del espacio rural como una fatalidad” (Solidarité 1997: p.2; mi traducción).

Sintéticamente, entonces, tendríamos:

I. Acerca de lo rural y la ruralidad.

Posiciones que *mantienen* la categoría. Hay sucesivos intentos de aproximación estadística y complejización tanto de lo rural como de lo urbano y sus relaciones, apartándose de las concepciones polares simplistas.

Pese a la confusión en cuanto a definiciones, se registra, asimismo, cierto acuerdo en torno a tres características recurrentes de lo rural, que justificarían *mantener* su especificidad:

a) La estrecha relación con la Naturaleza.

b) La relativa dispersión poblacional.

c) La peculiar relación con las ciudades teniendo en cuenta su complejidad (Abramovay 2000).

Posiciones que *niegan* la vigencia de la categoría: Reducción del concepto a lo paisajístico (el espacio abierto, idílico, casi único equivalente de La Naturaleza) y construcción deliberada –con gran apoyo en lo ecológico– de lo rural. Más extremo es un escepticismo total en cuanto a la posibilidad de definirlo, enfatizándose el carácter de mero constructo del concepto, cuya utilidad explicativa se juzga nula.

II. Acerca de los nuevos pobladores rurales:

Habría tres tipos de situaciones, siempre con bases más fuertes en Europa y el norte de nuestro continente, pero con expresiones en América Latina:

1. Contraurbanización, vigente en Inglaterra. Es la migración al campo de clases medias que valorizan lo rural como entorno residencial. Pueden vivir en el campo y trabajar en la ciudad, o efectuar en el primero toda su actividad no agrícola (fábricas o empresas en el campo).

2. Neo-ruralidad propiamente dicha. Es la mudanza de habitantes urbanos al campo donde emprenden actividades agrícolas innovadoras, de nuevo tipo. Supone un movimiento social que revigora elementos de la cultura campesina y predica las ventajas de vivir en el campo. Se integra con la llamada rurbanización y con las nuevas culturas aldeanas, actualización de elementos campesinos en un contexto contemporáneo.

Estas últimas suponen la confluencia de nuevos y viejos rurales en la construcción de principios comunes.

3. Ruralización urbana: Evidenciada por la presencia de elementos culturales rurales en el medio urbano, llevados por migrantes o bien presentes en pueblos donde la red de relaciones campesinas tiene continuidad. Bruno Jean la señala para los quebequenses de origen rural, y también para ciudades del Tercer Mundo, donde las ruralidades presentes en la vida urbana parecen estar para quedarse. Tal el caso de Abidjan, en Africa (Jean 1989:299-300). Villafañe también lo muestra para la Argentina y lo mismo se sostiene en Brasil. En algunos casos, y en función de esta convergencia, se prefiere sustituir sociedad rural por sociedad local (Villafañe 1998-99:89) o espacio local (Wanderley 2001:33) como categorías abarcadoras, sin desconocer la especificidad rural.

III. La nueva ruralidad como proceso en América Latina:

De la bibliografía examinada emergen dos posturas contrastantes.

1. Los restos del naufragio. Concebida como imposición de políticas globalizantes neoliberales, y por tanto con signo negativo, remarcando la precariedad laboral, la flexibilización que incluye el abandono de la agricultura exclusiva (pluriactividad o agricultura part-time), el éxodo hacia las ciudades, la concentración de la propiedad, etc. La nueva ruralidad se muestra como lo que quedó del campo luego de la ofensiva de esas nuevas fuerzas socioeconómicas (Ávila Sánchez 1999; Giarracca 2001; Teubal 2001). Designa ese agro expoliado y empobrecido cuyos habitantes tratan de sobrevivir. Es de suponer que tal nueva ruralidad debe ser superada y eliminada, no es algo deseable. En alguna medida, Graziano da Silva (1999) se ubica en esta postura.

2. El agro solidario del futuro. Imaginada como oposición activa a la política globalizadora, valorizando lo campesino y proponiendo alternativas a lo anterior. La nueva ruralidad sería algo por existir, una propuesta superadora del desastre neoliberal. Para poner en marcha ese programa se convoca a los campesinos, los pequeños productores, los patriotas en general. Es la misma postura vigente en Canadá (IICA. Etcheverry 2000, Solidarité 1997)

Resulta interesante en esta discusión el afinamiento conceptual respecto a las categorías rural y ruralidad, la superación de antiguas dicotomías y una *relativización que enriquece su potencial analítico*. Es significativo que no se registren entre nosotros negativas radicales a la vigencia de tales categorías. Nuestro constructivismo no es tan extremo como para reducir lo rural a una realidad virtual. Mas bien se señalan las posibilidades del campo como sede de movimientos solidarios que algo pueden enseñar al ciudadano. Si nos miramos en el espejo de los zapatistas chiapanecos, del MST brasileño, o de los múltiples movimientos campesinos que aparecen en el continente y en nuestro país, se evidencian las posibilidades renovadoras incubadas en nuestros campos, extensibles a toda la sociedad.

Las dos posturas que señalamos sobre la nueva ruralidad como proceso en el continente cumplen (mal) una mera función descriptiva. Designar como “nueva” a la ruralidad resultante del proceso de globalización nos parece demasiado coyuntural. ¿Cuánto tiempo continuará siendo “nueva”? Si adjudicamos novedad a todo cambio socioeconómico ocurrido en el área rural, debimos haber hablado de nueva ruralidad en el tiempo de la revolución verde, o de la agriculturización de la región pampeana o, yéndonos más atrás, cuando la llegada de los frigoríficos alteró nuestra pecuaria.

La nueva ruralidad como propuesta ideológica a implantar, restituyendo la solidaridad y orientando políticas hacia la ruptura con la situación actual (o sea, paradójicamente, una nueva ruralidad para superar otra nueva ruralidad descrita por la conceptualización anterior) *tampoco tiene demasiada utilidad científica o práctica*. Si matematizáramos la controversia otorgando signo positivo y negativo a ambas aproximaciones, éstas se anularían.

Ubicándonos en un punto de vista más sociológico y cercano a los actores, me parece que el uso de nueva ruralidad para calificar novedades de otro tipo, como el traslado de pobladores urbanos a las áreas rurales, con su correlato ideológico de la reivindicación de valores campesinos, es más promisorio. Ese movimiento de actores sociales, como el de las clases medias inglesas invadiendo la campiña, el de los franceses mudándose a granjas y aldeas o los atisbos de esos procesos en nuestro continente, es decir, las actividades de los que llamé neo-rurales propiamente dichos, si merecerían, a mi criterio, integrarse categorialmente en algo llamado nueva ruralidad.

Referências bibliográficas

ABRAMOVAY, R. *Funções e medidas da ruralidade no desenvolvimento contemporâneo*. Campinas, IPEA, 2000.

SÁNCHEZ, H. Á. La dinámica actual de los territorios rurales en América Latina. *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona, n. 45 (40), 1 de agosto 1999. <http://www.ub.es/geocrit/sn-45-40.htm>

CARNEIRO, M. J. *Camponeses, agricultores e pluriatividade*. Rio de Janeiro: Contracapa, 1998.

ETCHEVERRY, R. *La nueva ruralidad y el desarrollo*. Documento Base. Bogotá: 2000. http://agro.colombia_siglo_21.net/foro/ruralidad/index.html.

GIARRACCA, N. (Comp.). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*. Buenos Aires: CLACSO, 2001.

GIULIANI, G. M. Neo-ruralismo: o novo estilo dos velhos modelos. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*. n. 14, año 5, oct. 1990. p. 59-67.

GRAZIANO da SILVA, J. *O Novo Rural Brasileiro*. Campinas: Unicamp, 1999.

IICA. *Nueva ruralidad*. Area 4. Desarrollo rural. <http://www.iicanet.org/rural/nueva.asp>.

INSTITUT NATIONAL POLYTECHNIQUE DE TOULOUSE – Laboratoire de dynamiques rurales. *Themes de Recherche*. Disponible en: <http://www.inp-toulouse.fr/recherche/laboratoires/dynam_rurale/dynam_rurale.shtml>. Acceso 30-04-02

JEAN, B. La question rurale: la ruralité et sa sociologie. En: *Recherches sociologiques*. v. 20, n. 3, Louvain 1989. p. 287-309.

LACARRIEU, M. B. y THUILLIER, G. *Las urbanizaciones privadas (countries y barrios cerrados) en Buenos Aires: ¿Qué significa el ‘cierre’ para la ciudad y sus habitantes?*. Buenos Aires, 2001, mimeo.

Ma petite entreprise... néo-rurale. En: *La Gazette des Villages Dossier*. Disponible en <http://www.netvox.org/ardeche/asfodel.htm>. Acceso: 30-04-02

MARSDEN, T, MURDOCH, J, LOWE, P, MUNTON, R y FLYNN, A. *Constructing the countryside*. London: UCL Press, 1992.

MILLS, B. *Why the Search for a Definition of Rurality may be a Fool's Errand*. Londres 2000. <http://www.users.globalnet.co.uk>.

MURDOCH, J. y MARSDEN, T. *Reconstituting rurality: class, community and power in the development process*. Londres: UCL, 1994.

MURMIS, M. El Agro argentino: algunos problemas para su análisis. En: GIARRACCA, N. y CLOQUELL, S. (comp). *Las agriculturas del Mercosur: el papel de los actores sociales*. Buenos Aires: La Colmena-Clacso, 1998; p. 205-248.

NUEVA RURALIDAD/Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. *Dirección de Desarrollo Rural Sostenible*. San José C:R: IICA, 2000.

REDFIELD, R. The folk society. *American Journal of Sociology*. LII, enero 1947; p. 293-308.

REDFIELD, R. *The little community*. Chicago: Chicago University Press, 1962.

SIQUEIRA, D. y OSÓRIO, R. O conceito de rural. En: GIARRACCA, N. (Comp.). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*. Buenos Aires: CLACSO, 2001. p. 67-80.

TEUBAL, M. Globalización y nueva ruralidad en América Latina. En: GIARRACCA, N. (Org.). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*. Buenos Aires: CLACSO, 2001, p. 45-65.

VILLAFAÑE, A. G. Procesos globales y consecuencias locales. El caso de comunidades de la pampa bonaerense argentina. *Etnía*. Olavarría 1998/99. n. 42-43, p. 85-103.

WANDERLEY, M. de N. B. A ruralidade no Brasil moderno. Por um pacto social pelo desenvolvimento rural. En: GIARRACCA, N. (Comp.). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO, 2001, p. 31-44.